

Un invento feminista

ACABA de celebrarse en Ilión (Estados Unidos) el cincuentenario de un invento mecánico muy modesto en apariencia, aunque luego haya sido causa de una gran transformación en las costumbres contemporáneas, sobre todo en las costumbres femeninas. El día señalado para la conmemoración, un tren especial transportó desde Nueva York a Ilión una gran asamblea de hombres de negocios: grandes banqueros, magnates de la industria, astros del periodismo. Faltaba, sin embargo, la representación más justificada: la representación de las mujeres de todo el mundo. Sin duda, las mujeres han dejado pasar la fecha porque ignoran cuándo y dónde surgió el invento y hasta el nombre del inventor del aparato al que deben muchas de ellas su independencia económica. De haberse conocido, es seguro que la mayor parte de las jóvenes apresuradas que cruzamos a las horas de entrada y salida de las oficinas hubiesen dedicado, antes de comenzar la cotidiana tarea, unos minutos de silencio, como ahora se estila, en recuerdo del olvidado inventor.

El libro *The Story of the Typewriter*, publicado recientemente en Nueva

York con ocasión de este cincuentenario, relata con todo detalle la historia y los rápidos progresos del invento, que no es otro que la máquina de escribir. Mucho antes de 1873, Henry Mills, Pellegrino, Turri, Bart, Proguin, Thurber y otros habían imaginado diferentes aparatos de escritura mecánica. Pero la máquina moderna se debe al olvidado Christophe Latham Shoks. El primitivo aparato no ha sufrido posteriormente más que modificaciones de detalle y perfeccionamientos de comodidad; las partes esenciales siguen siendo las mismas. Las marcas más famosas de máquinas dactilográficas se deben a los cinco socios que formaban la Compañía a la cual Latham Shoks vendió en 1873 su patente de invención, y que luego se separaron para explotar cada cual por su lado las variantes del aparato originario: escritura visible, escritura invisible, doble teclado, teclado único, etcétera. Parece que la discusión técnica de estos variantes fué el origen de la disensión industrial, porque cada uno de los cinco consideraba más ventajoso para la escritura su sistema preferido. Tal vez existían entre ellos esas diferencias de tipo psicológico—, tipo visual, tipo dinámico—, que, según aconseja Münsterberg en su *Psicología de la actividad industrial*, deben tenerse en cuenta para escoger un sistema u otro de máquina de escribir.

Christophe Latham Shoks cobró por su patente unos doce mil dólares. En 1890 moría en la mayor miseria. Pocos años después, en 1903, se contaban sólo en el Estado de Nueva York más de 113,000 máquinas, manejadas por empleados de oficinas públicas y casas de negocios, sin incluir las de los particulares. Una estadística hecha ahora arrojaría una cifra fantástica.

Por muchas que hayan sido las influencias de la máquina de escribir en el mundo de los negocios y en otras esferas muy distintas, como el estilo epistolar—, «el signo de los tiempos», según Nietzsche—, y la literatura contemporánea, ninguna mayor que la ejercida en la evolución de las costumbres femeninas. Ya su inventor presintió el servicio que prestaba al sexo débil cuando decía, poco antes de morir, para consolarse de su triste destino y de su mal negocio: «Acaso mi invención preste algún servicio a las mujeres; tal vez ayude a muchas de ellas a ganarse la vida con su propio trabajo». No es sólo que la máquina de escribir haya empleado en el trabajo a mujeres condenadas antes a la ociosidad o a cualquier disimulada

servidumbre; no es sólo que haya creado un tipo especial de mujer—, la «mecano», la «dactilo»—, cuyo piano de ensueños es el teclado de la máquina, y con ello, contribuido a una más seria convivencia de los dos sexos en los afanes de la vida. La máquina de escribir ha sido el paso inicial de la emancipación femenina en todos los órdenes. Probablemente, sin máquina de escribir y sin mecanógrafas en las oficinas de los hombres, no hubiera tenido la mujer tan fácil acceso al ejercicio de todas las profesiones ni hubiera logrado el voto electoral en algunos países. Christophe Latham Shoks ha hecho por la mujer más que todas las sufragistas reunidas. En realidad, ha sido el primer sufragista del mundo, el primero en orden y en méritos. Las mujeres no deben olvidar que si han salido de la costilla de un hombre, un hombre ha sido quien les ha dado la máquina de escribir, el instrumento de su liberación.

(El Sol, Madrid).

Ojos

Nunca he visto tan bellos manojos de violetas azules como esos...

¡Si parecen manojos de ojos que dormían, abiertos a besos!

Cuando os miran tan dulces, tan quietas, e iris finge el rocío, y vacilas, ¿nunca viste al cortar las violetas que hiciste antes rodar sus pupilas?

Oh los ojos, los ojos... No hay nada que en nosotros más huya del suelo. Es nuestra única parte intocada que podemos volver hacia el cielo.

Poeta maldito

Vedlo: va cumpliendo su ciclo tremendo.

Traza la indefinida espiral de su vida.

¡Soledad angustiosa, sin hijos ni esposa!

Va herido de infinito. Es un poeta maldito.

Como en una lámpara portátil se quema en él alcohol y es en su vida errátil remedo del Sol.

Con pasos impares va cumpliendo su terrible destino enloquecido de demonios familiares, de dolor y de vino.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

Guatemala, 1923.

(El Imparcial, Guatemala)

Perdón

Oyeme: vengo, hermano, los párpados [mojados

y los labios en gesto de profundo dolor, a pedirte que mojes mis ojos marchitados, a pedirte que viertas sobre ellos el perdón.

¿Que fuí cruel? ¿Que mi llanto no bastará [a limpiar

todas las amarguras que dí a tu corazón? Ignoras que fué tuyo todo mi palpar iy que, si no mi risa, tuyo fué mi dolor!

Sí, perdóname amigo, haya hecho tan [amarga

la copa en que bebiste con febril ansiedad; bendice este amor mío que tanto te acibara que es la ley de los justos sufrir y perdonar.

Y... si el perdón derraman tus ojos y tu [mano,

he de decirte llena de ternuras:— ¡Her- mano!...

Y serán mis caricias y mis besos benditos; mas, si sigues llorando y perdonar no [puedes,

ha de alejarse, huraño, de mis labios el canto, y seguirán goteando de mis ojos marchitos

todas mis esperanzas transformadas en [llanto!...

JULIA VAN SEVEREN

(El Imparcial, Guatemala)